

—Esa sangre no es producida sino por el bisturí de un barbero que acaba de sangrar á esa persona que veis en el lecho.

—Esa aclaracion me satisface, y sin ella os juro que no hubiera abandonado el aposento.

—Marchad, que ya me estais impacientando.

—Soy todo vuestro, señora, dijo el alcalde, y murmuró entre dientes: esa mujer es un dragon, vale mas que todos los alguaciles, inclusive maese Pica-Anzuelo que es de lo mejor.

—Hemos concluido, señor alcalde?

—Sí, y en marcha para la Inquisicion.

—Vamos, que se hace tarde y el viento arrecia.

El alcalde se entró en el coche donde estaba la dama, que entre paréntesis le había parecido hermosísima.

## V.

Hemos visto al alcalde dejar en la *estufa* á Rosalía para volver á entrar en la casa misteriosa del tío Pablo.

La madre Paulina, repuesta del susto dado por el portugues, se escapó de la ronda que la custodiaba.

Aturdida aún con su aventura, se echó á andar sin tino por las calles, llevando siempre el rumbo de Tlaltelolco.

Al pasar por unas tapias, se dejó descolar un hombre que estuvo á punto de matarla.

—Eal condenado, grito la bruja, ved donde poneis los pies.

—Hola! la madre Paulina.

—La misma, hijo mio.

—Supongo que estareis hecha un tigre contra mí; pero ya estais vengada.

—Está bien, está bien, murmuró la bruja, ya sé que te escapaste del poder del fraile y que le atravesaste al reverendo de un pistoletazo.

—Fué una broma, madre Paulina.

—¿Y de dónde demonios caes?

—Ya lo veis, de esa tapia. Demonio! y se nos ha escapado un buen negocio; el alcalde Jimenez de Pinillos acaba de aprehender á la hija de Treviño.

—Repite, Lino, repite lo que has dicho.

—Que la señorita Rosalía está en poder de la justicia; he estado acechando desde la azotea, y he visto que la han empaquetado en el coche del virey.

—Esto es grave, pensó la madre Paulina.

—Si quereis persuadiros, no hay mas que dar vuelta á esta casa; aun permanece la *estufa* á la puerta, porque ese demonio de alguacil mayor practica un cateo de lo lindo.

—Sigueme.

—Y si me atrapan?

—Ya sabes que á mi lado nada puede sucederte.

Lino tenia una confianza grande de la bruja, y la siguió sin recelo.

La madre Paulina volvió la esquina, dió tres vueltas en torno del coche, buscó, reconoció á la jente del alcalde y se dirigió á Pica-Anzuelo que se chupaba los dedos de satisfaccion.

—Dispense usarcé, seor alguacil, que tengo que decirle dos palabras al oido.

—¿Qué quiere la vieja? preguntó con desden el golilla.

—Es muy sencillo, acaban de apoderarse de una sobrina mia y ponerla en ese coche.

—Ya, eso no es una novedad.

—Efectivamente; pero sí lo es una proposicioncilla que os voy á hacer.

—Desembuchad al punto.

—¿Pudiérais guardarme una bolsa con dinero que imprudentemente he sacado esta noche?

—Malo! malo! esto huele á tentacion.

—Vamos, no os escandaliceis, que la cosa no trae malicia.

—Pues digo!-----

—Se trata de un *quidproquo*.

—No sé el griego, hablad en castellano.

—Se trata, amigo mio, de una *sustitucion*.

—No entiendo *enigmas*.

—Pues se trata-----

—Basta de *tratados*, bruja infernal! idos al diablo y no me molesteis!

—Vamos, sosegaos y guardad mi bolsillo.

Pica-Anzuelo alargó la mano como impulsado de un resorte, y sintiendo el peso del dinero, dijo con avidez:

—Decid pronto lo que quereis, ved que el alcalde no dilata en salir.

—Pues bien, vos teneis que entregar á una mujer, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues haced que salga esa jóven del coche y yo me constityo vuestra prisionera.

—Vaya una ocurrencia! teneis ganas de bromas?

—Es asunto sério.

—No hay inconveniente, el chasco será para su señoría el alcalde; vamos, entrad en el coche.

La madre Paulina abrió la portezuela y dijo á la jóven:

—Rosalia, salvaos del poder de la Inquisicion, yo os reemplazo en este lugar, buscad en la esquina un hombre, que os llevará á una casa donde gozeis de entera seguridad. Id, id, no hay tiempo que perder.

Y sacó en peso á la jóven, que en su estupor siguió las órdenes de la vieja.

Rosalía llegó al sitio donde estaba Lino el mulato, este la conoció al momento y la dijo:

—Vamos pronto, señorita, que esta gente tiene mas olfato que un perdiguero.

—Vamos, respondió la jóven.

Y conducida por el mulato se perdieron en las callejuelas del barrio.

## VI.

La madre Paulina tomó asiento en el coche del virey, y esperó á que llegase Jimenez de Pinillos.

Luego que el alcalde se encontró al lado de la bruja, dijo con énfasis á los alguaciles:

—¡A la Inquisicion!

—Podeis decirme el motivo de esta prision? preguntó la bruja dando un acento juvenil á su cascada voz.

—Ay señorita!----- nosotros los hombres del deber, tenemos que ser fieles á los mandatos del superior bajo penas severísimas.

—Bien, pero no habeis trascendido algo?

—Yo no trasciendo mas que vuestra belleza, dijo el alcalde, soltando su galantería de mal tono.

—Hola! hola! sois muy amable, dijo la bruja.

—No, no es amabilidad, es que os confieso----- que me habeis interesado desde el momento en que os puse la vista encima.

—No es raro, dicen que soy hermosa.

—Esa es una verdad de á folio.

—Y mis enamorados y galanteadores, dan en que mis ojos son capaces de alumbrar á media noche.

—Como que dan de lleno en mi corazon, señora doña Amparo.

—Tan sériamente lo decís, señor alcalde, que estoy á punto de creerlo.

—Cuando he visto vuestra cabeza sacudirse como la de una

soberana, y revelar en vuestra actitud un orgullo noble y elevado..... ay!

—¿Os duele algo, alcalde?

—No, nada; pero yo siento que si me diérais á besar vuestra mano, sería el mas feliz de los mortales.

—Tomadla, dijo la vieja.

—Y la beso cien veces?

—Cuantas querais, en eso no hay peligro alguno.

—Soy feliz..... soy feliz, murmuraba el sesudo Jimenez de Pinillos, que habia perdido por completo los estribos creyéndose en presencia de la sobrina del inquisidor.

—Y podreis hacer algo por mí?

—Señora, yo daría mi vida por vos; pero es el caso que el virey, sin dar motivo ni explicacion alguna, me ha dicho: llevad á la señora doña Amparo Núñez de Clavijero, á la Inquisicion.

—Dios poderoso! exclamó la bruja, y se dejó caer en el fondo del carruaje.

—¿Qué os pasa, señora?

La bruja se puso á meditar.

—No, no es posible, esa niña fué acusada como la querida del rey Carlos..... ella murió..... hay personas que presenciaron su entierro..... será cierta la resurreccion?..... no, esto no puede ser sino intrigas de la corte y de María Luisa..... ¿qué ha venido á hacer á México?..... ¿vendría con don Pedro?..... aquí anda la mano del rey..... aquí el misterio del gran favor que disfruta en la corte Clavijero..... y don Blasco debe estar en el negocio..... El virey salía de esta casa..... yo desataré mas tarde la maraña..... sin querer les he prestado un gran servicio á los Clavijeros y al rey; porque Branciforte está de parte de la reina..... quiere el escándalo de una resurreccion en América..... ya veremos..... el virey está en mis redes!

—Pero vos no respondeis á nada de lo que os preguntó, dijo el alcalde desesperado con la obstinacion de la madre Paulina.

—Lo que me abisma es esa determinacion; si pudiérais proporcionarme la fuga.....

—Ave María Purísima! exclamó Jimenez de Pinillos.

—No he dicho nada, dijo la vieja, cumplid con vuestra consigna; pero os juro, alcalde, que os pesará.

Pinillos temblaba ante la autoridad tiránica de Branciforte, y al oír la proposicion de la vieja se le olvidó hasta su amor.

—Caracoles! esto es muy sério..... no, imposible..... imposible.....

—Os digo, alcalde, que no os necesito; tranquilizaos, que mas tarde vereis los resultados.

—Me amenazais?

—No, no os amenazo, dijo la bruja tornando á su acento gansoso.

—¿Qué vos es esa? preguntó asustado el alcalde?

—La mia, señor Jimenez de Pinillos, la misma que os ha cautivado.

—Sanctus Fortis!..... Sanctus Immortalis!

—No receis, porque estais en presencia de una cristiana.

—Aguardad..... aguardad! murmuró el alcalde y levantando la linterna sorda, alumbró el rostro descarnado de la madre Paulina.

—Quedose su señoría el justicia de México, con la boca abierta, los ojos espantados y el rostro lívido como el de un difunto.

No pudo articular una palabra.

La bruja al ver el estupor de Jimenez, que paró en un desmayo, abrió la portezuela y con la misma agilidad con que se habia entrado, salió del coche y se escapó por la calle de los Sepulcros.

## VII.

El carruaje se detuvo á las puertas de la Inquisicion.

—Su excelencia el virey! dijo el oficial de guardias.

Formáronse los soldados para recibir á tan ilustre personaje.

Los alguaciles abrieron la portezuela y el alcalde Jimenez bajó asustado gritando:

—Socorro!..... socorro!..... la bruja..... esa mujer se ha trasformado..... seguidla!..... seguidla!.....

Los alguaciles comenzaron por registrar el coche, nada encontraron, entónces se lanzaron en todas direcciones en persecucion de la dama aprehendida en la casa del tio Pablo.

No volvia en sí el alcalde, cuando Branciforte se entró en el patio de la Inquisicion, despues de darse á conocer al oficial de guardias.

—Dónde está doña Amparo?

—Señor, os juro por todos los santos que se ha convertido en una vieja abominable.

—Basta de supercherías, cuenta lo que ha sucedido.

—La verdad es que la requerí de amores al verla tan hermosa y ----

—Habla!

—La besé la mano; ¡Dios mio! besar un cartílago de bruja!...

— Prosigue.

—No sé con que motivo, ni por que razon, la voz angelical de aquella mujer se tornó en un acento rasposo y endemoniado; alzo la linterna y cuando creia encontrar el rostro peregrino de doña Amparo ¡ángeles del cielo! me encuentro con..... con.... Dios mio! con una vieja..... sí, excelentísimo señor, con una bruja!..... dejo caer la linterna porque su mirada caia á plomo sobre mí, como la de una sirena; pronuncia unas palabras mis-

teriosas, y caigo sin sentido..... Cuando vuelvo en mí, la bruja habia desaparecido.

—Hola! gritó el virey al oficial de guardias, haced que encierren á este mentecato en un calabozo, hasta nueva órden.

—Señor, tened compasion de un desgraciado!

El virey se envolvió en los anchos pliegues de su capa y abandonó aquel siniestro recinto.